

El lado claro del corazón

ELISEO SUBIELA

Cuando Sergio, "mi médico", me invitó a escribir unas líneas para la Revista Argentina de Cardiología, me pareció una prueba más de su sentido del humor. Pero cuando me aclaró que no era una broma, que era una invitación real, me sentí tan honrado como desconcertado.

¿Sobre qué podía escribir yo en una revista especializada en cardiología? La respuesta fue: "Vos hiciste una película que se llama *El lado oscuro del corazón*"...

Y eso, en ese momento, me pareció realmente una razón suficiente. Después de todo, el tema fundamental de mis películas es el amor, y la gente en general llama a esto "temas del corazón". Aunque yo debo confesar que no estoy muy seguro de que realmente sea el corazón el órgano esencial en el tema del amor.

La tradición poética, que he continuado en mi filme, así lo indica, pero a mí no me consta que el "corazón" sea el principal órgano interviniente en esa esencia de la vida que es el amor.

En todo caso, es evidente que no sería tan poético hablar de "el lado oscuro del hígado" o "del riñón". Tampoco creo que el amor sea la consecuencia de jugos, humores o combinaciones químicas que puedan mensurarse en un laboratorio. Aunque las produzca a partir de una misteriosa energía generada por el alma. Y esto del alma a mí, que entre tres especialidades del colegio secundario (Matemáticas, Biología o Humanidades) elegí esta última, me lleva a una nueva inquietud: ¿en qué latitud del "mapa" humano está el alma? ¿En el cerebro, o en el hígado?

El "corazón" al que aludimos en canciones, poemas o películas, ¿está en el corazón? Si así fuera, supongo que sería imposible realizar un "bypass" sin que todo el quirófano llorara ante la aparición de tanta emoción como se liberaría al primer tajo.

Siempre me pregunté si un cardioinjertado heredaría los amores y las penas del donante, poniéndose a extrañar, por ejemplo, a una mujer a la que nunca conoció.

Pero si "el corazón" no está en el corazón, por lo menos me parece que se trata del "órgano" de nuestro cuerpo más sensible a las emo-

ciones. O el que nos pasa cuentas más "importantes", según las manejemos.

Mi padre tuvo su primer infarto leyéndome *Corazón* de Edmundo De Amicis, cuando yo era un niño. Me crié en una casa en la que la palabra "emoción" estaba asociada a peligro de muerte. Y creo que lo está. Pero al revés de lo que me enseñaron.

La emoción no mata. Me parece que su represión, su ocultamiento, es precisamente lo que puede hacer que el corazón "reviente" o "estalle" o "se parta", todas expresiones nada técnicas, pero con las que, quienes no somos cardiólogos, aludimos a comportamientos reales de este órgano que ahora nos ocupa.

Cuando entendí esto, en lugar de temer a todo lo que tuviera que ver con el corazón, empecé a amarlo. Porque me parece que es el órgano más "honesto" de nuestro cuerpo. Es incorruptible. A otros se los puede "comprar" con un buen pasar, con una buena dieta, quiero decir con buenas comidas e ingestiones diversas. Pero al corazón, y perdónenme ustedes los especialistas, no hay mejor cosa que se le pueda ofrecer que una adecuada dosis de emoción. Por supuesto que no hablo de esas emociones que abarrotan de corazones exhaustos los consultorios, quirófanos y morgues, víctimas de esta carrera de fórmula uno que tantos confunden con la vida.

Creo que los hombres felices viven más que los otros. Así como creo que quien "vive bien" no le teme a la muerte. Yo siento que mi médico no ve en mí un conjunto de síntomas posibles que pueden configurar una disfunción o una enfermedad. Ve a un hombre. Y esto, que debería ser obvio, todos sabemos que no lo es.

La principal crítica que yo le hago, como usuario, a la medicina occidental, es que trata enfermedades y no enfermos. Mi médico tiene el objetivo de que este "envase" que me gustaría llevar durante el mayor tiempo posible dure el tiempo que mi alma quiera. Aunque yo sepa que después de todo, ésta, que él y yo llamamos mi vida, es sólo una etapa en la que debo aprender lo más que pueda.

Mi muerte, algún día que ni él ni yo sabemos

ni debemos saber, será el comienzo de otra etapa. Pero ése ya es otro tema, que en principio tendrá que ver, más adelante, con un neonatólogo y no con un cardiólogo.

Creo que lo que más me acerca a "mi cardiólogo" es la compartida sensación de dato no definitivo que percibo cuando él me hace un electrocardiograma. Un sismograma no da información sobre todos los "temblores de este planeta. De la misma manera que un electrocardiograma no es un retrato del estado actual de mi alma. Pero cuando a esos trazos, para mí indescifrables, sigue la expresión "Estás muy bien", yo siento una especie de autorización para seguir viviendo.

Por esto de la "incorruptibilidad" de este

órgano. De esta maravillosa maquineta que al cumplir la función aparentemente sólo mecánica que le ha encomendado su Creador, hace que yo pueda, en esta etapa, sentir el intransferible goce de ver crecer a mis hijos, de saborear el dulce de leche, de tomar vino y hacer el amor.

Un electrocardiograma no es un poema. Pero son señales que envía mi corazón y aunque sólo mi médico las entienda, los dos sabemos que cuando esas señales no sean buenas, significarán que nos está fallando el amor. Ambos, por distintas puertas, tratamos de aprender ante el Gran Misterio.

Ambos, de distintas maneras, tratamos de que nuestras vidas y las de los demás sean cada vez mejores. De corazón.